

EL LETARGO DEL PÁJARO DE FUEGO

LAURA S.B.



© El Letargo del Pájaro de Fuego.
© Laura S. B.
Autor representado por ZW Agencia Literaria

© Presentación: Elia Barceló.
© Imagen de portada: Laura S. B.

Corrección: Sergio R. Alarte (www.kharmedia.es)
Maquetación: Laura S. B.
Composición portada: kharmedia.es

Primera edición: Octubre 2012

© Kelonia Editorial 2012
Apartado de correos 56. 46133. Meliana (Valencia)
kelonia.editorial@gmail.com
www.kelonia-editorial.com

ISBN: 978-84-939945-3-2
Depósito legal: V2861-2012

**EL LETARGO
DEL PÁJARO
DE FUEGO**

LAURA S.B.

*Para Rosa y sus dos peques:
Andrés y Clara.*



PRÓLOGO

PRESENTACIÓN

Por Elia Barceló

La ciencia ficción, o literatura prospectiva como preferimos llamarlo ahora de modo más preciso, es un género joven, tanto que aún no ha cumplido los cien años, si descontamos novelas que podríamos considerar ciencia ficción “avant la lettre” como *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley, que también es relativamente joven para un clásico literario, ya que fue publicada en 1818.

Sin embargo, el género, que se estableció como tal en los años 30 del siglo XX con *Amazing Stories*, revista publicada en Estados Unidos por Hugo Gernsback, ha pasado ya por muchas fases, a pesar de su juventud, ha sido entendido de muchas maneras, se ha escindido en muchos subgéneros y ha dado lugar a creaciones de todo tipo más allá de lo puramente literario.

En la actualidad, la gran mayoría del público conoce la ciencia ficción más a través del cine, los videojuegos y las series de televisión que a través de las novelas o los relatos, que fueron realmente los que crearon el género. Por tanto no es de extrañar que los nuevos escritores, pertenecientes a generaciones enormemente audiovisuales, hayan recibido más la influencia del cine que la de la literatura.

La primera mitad de estos casi cien años de ciencia ficción estuvo dominada por la mentalidad masculina: eran historias escritas por hombres y para hombres, en la mayoría de los casos jóvenes técnicos, ingenieros y académicos que disfrutaban de la extrapolación científica con una trama simple y prácticamente ninguna profundidad en el tratamiento de los personajes.

Las mujeres, en Estados Unidos, no harán su aparición, como escritoras y como lectoras, hasta finales de los años sesenta, principios de los setenta, con el auge de la “soft science fiction” cuyas prospecciones se basan en las ciencias sociales, lo que en inglés se conoce como *Humanities*, y la moda de la *New Thing* británica con su experimentación formal y su voluntad literaria.

En España, sin embargo, y a pesar del gran trabajo que durante tantos años realizó la mítica revista *Nueva Dimensión*, dirigida por

Domingo Santos y Luis Vigil, la ciencia ficción escrita por mujeres en lengua española siempre ha sido una rareza.

A día de hoy, en España se pueden contar las mujeres que se dedican al género, aunque solo sea de vez en cuando, con los dedos de una mano, y sobran dedos: me vienen a la memoria, como novelistas, Rosa Montero en dos ocasiones —*Temblor* (1990) y *Lágrimas en la lluvia* (2011)—, Susana Vallejo —*Switch in the Red* (2011)—, y yo misma, con bastante regularidad; mi última publicación es *Futuros peligrosos* (2008). No da la sensación de que el aumento de lectoras y espectadoras en las últimas décadas se haya traducido en un aumento de escritoras.

Por eso es para mí motivo de alegría que una mujer joven y apasionada por la escritura haya decidido lanzarse con una novela de género sin querer disfrazarla de otra cosa ni ocultar su filiación, aunque hay que reconocer que el título de la novela de Laura suena mucho más a *fantasy* que a lo que luego el lector encontrará entre sus páginas. De todas formas, recomiendo al que la haya comprado por el título esperando una novela de fantasía que siga leyendo: estoy segura de que no quedará defraudado y quizá descubra otro atractivo enfoque de la gran casa del fantástico.

A pesar de su juventud, Laura S.B. comparte con nosotros —me refiero a los escritores y escritoras actualmente en activo dentro del género, los que empezamos a publicar entre mitad de los ochenta y mitad de los noventa— ciertas características que me llenan de satisfacción porque me parecen definitorias de una manera de hacer concreta que no sé si definir como muy española —en el sentido de alejada de lo anglosajón— o muy nuestra —en el sentido del género que ha dado nuestro país en los últimos treinta años.

Si hay algo realmente común a los escritores que comenzamos a trabajar entre los años ochenta y noventa del siglo pasado, y que Laura parece haber heredado y continuado con su novela, es la voluntad de placer —disfrutamos escribiendo y queremos que el lector disfrute al leer nuestras historias—; la voluntad de juego —la literatura como actividad lúdica, un juego muy serio, que desde sus orígenes, intenta llegar a la verdad a través de la mentira—, y la vocación popular: no nos consideramos artistas encerrados en la torre de marfil creando para unos pocos elegidos, sino contadores de historias, alimentados

por todos los géneros populares, y deseosos de devolver parte de lo que nos dieron ofreciendo historias que también sean populares y emocionantes.

Dentro de esos parámetros, cada uno de nosotros tiene sus gustos, sus obsesiones, sus temas y enfoques recurrentes.

Es pronto para hablar de los de Laura S.B, ya que esta es su primera novela del género, pero me atrevería a suponer que su obra estará marcada por la importancia que le concede a los personajes y las relaciones humanas (aunque ciertos protagonistas puedan ser extraterrestres, todo es humano en la literatura), el gusto por la acción y la influencia del cine.

Nunca he sido amante de escribir ni de leer prólogos y lo que siempre he detestado particularmente es esa manía de muchos prologuistas de contarle al lector un resumen de lo que de todas formas va a leer enseguida, por eso no voy a hacerlo, salvo para centrar un poco las expectativas de lectura.

Con *El letargo del pájaro de fuego*, Laura S.B. no nos lleva a un mundo de magia y fantasía donde, una vez aceptadas las premisas básicas, todo es posible. El mundo con el que nos vamos a encontrar podría ser perfectamente el nuestro, aquí y ahora, salvo que en Arkadia (supongo que la elección del nombre no es casual y, por tanto, es un poderoso guiño al lector que entronca con la tradición clásica) conviven varias especies extraterrestres. También los problemas con los que se enfrentan los personajes son los que, de hecho, tenemos en estos mismos momentos en multitud de lugares de nuestro propio planeta: una plaga descontrolada causada por un esquivo virus que, como el de la gripe, está en constante mutación; un general salvapatrias, enloquecido y corrupto, y su camarilla de asesinos; la arbitrariedad, la injusticia y el desempleo que destruyen el tejido social; la marginación, la ilegalidad, las bandas urbanas, el hambre, el terror, la soledad, el distanciamiento entre generaciones, el desamor, la necesidad de cariño, de solidaridad.

Sin embargo, a pesar de los duros temas que trata, *El letargo del pájaro de fuego* es, sobre todo, una novela de aventuras, de acción, una *space opera* en la que el interés del lector se centra en la peripecia y en el juego entre los personajes, tanto la una como los otros tremendamente visuales, como sacados directamente de una película.

La novela se lee con agrado, con esa rapidez que para un autor constituye uno de los mayores halagos porque significa que el lector se deja llevar por la trama y está deseando dejarse sorprender y averiguar cómo se resuelven los problemas planteados. Los personajes centrales están bien dibujados, resultan creíbles y dejan recuerdo después de terminado el libro. La lengua es muy neutra, usada como simple vehículo para mostrar, sin voluntad evocativa, aunque, como se trata de la primera novela que he leído de Laura, ignoro si es una marca de estilo o una elección consciente.

A través de las páginas, los lectores amantes del género descubrirán, encantados, reflejos de viejos conocidos, de situaciones y localizaciones que nos traen a la memoria imágenes ya clásicas, que despiertan ecos de otras obras (*La amenaza de Andrómeda, Soy leyenda, Cell, Rescate en Nueva York...*) porque, como todo narrador que se respete, Laura sabe que cada escritor pone un peldaño más en una larga escalera cuyo comienzo se pierde abajo en las profundidades y cuyo final está aún por hacer.

Con esta primera novela, Laura S. B. demuestra que está dispuesta a subir esa larga escalera, a convertirse en un firme escalón con ésta y con otras que vendrán. Estoy segura de que disfrutarán leyéndola y, como yo, estarán pendientes de la publicación de la próxima obra de esta joven autora.

Elia Barceló.



PRIMERA PARTE
PANDEMIA



Los rayos mortecinos que se colaban por la persiana de la cocina competían con la oscuridad, puliendo los detalles de los muebles y tintando la madera de gris. La sombra del inminente anochecer se alargaba con lentitud un minuto tras otro, hasta que alcanzó la mesa del centro donde una de las sillas estaba tumbada como una cucaracha panza arriba. Los vasos y los platos estaban rotos, la comida manchaba el mantel y las losas blancas como si un vendaval la hubiese arrasado. El silencio se había apoderado de la casa y, tras la puerta de la alacena, se percibía el resuello de la niña que había atrincherada dentro. Asomó una pupila violácea para comprobar que fuera no había nada aparte del menaje destrozado y salió del pequeño almacén. La luz nocturna arrancó reflejos plateados de la melena de bucles blancos y dibujó su rostro de mejillas claras, aterciopeladas. Las cejas, también canas como el pelo, enmarcaban unos ojos de color violeta, llorosos y aterrorizados. Llevaba puesto un camisón rosa y unas zapatillas de felpa, daba la sensación de que el estruendo de platos rotos la había sacado de la cama.

Sorteó los desperdicios y atravesó la cocina para encontrar que el salón tampoco había escapado al desastre. Había muebles volcados y la mesa de cristal del centro, esa que tanto le gustaba a su madre, estaba hecha añicos. De entre los cristales rescató con cuidado una foto en la que estaba retratada con sus padres. En la imagen bidimensional, la mujer de melena blanca y ojos violeta miraba muy seria al frente. Su madre siempre había dicho que los de su raza, los habís, no sabían reír. Junto a ella estaba su padre que sonreía, mostrando una dentadura marfileña escondida tras la barba castaña. Dejó el marco con cuidado sobre una mesita que todavía seguía en pie y se fijó en la moqueta, bajo el marco de la puerta. Estaba man-

chada, como si alguien hubiese arrastrado una gran bolsa de basura supurante. La puerta que estaba abierta de par en par dejaba ver el descansillo, donde estaban los demás apartamentos.

Le pareció que había alguien fuera. Sabía que tenía prohibido salir de casa sola o abrir la puerta a extraños cuando sus padres no estaban, pero daba la casualidad de que la puerta ya estaba abierta. Así que se asomó. Contuvo la respiración y a unos metros, al final del pasillo, vio que había una persona tendida en el suelo y sobre ella un hombre encorvado. La niña de ojos violeta reconoció enseguida aquellos hombros anchos y el chaleco a rayas marrones. Adelantó un paso con las rodillas temblorosas, tragó saliva e hizo acopio del valor que pudo reunir.

—¿Papi...? —le llamó, con la voz quebrada.

El hombre atendió al sonido de su voz y se volvió con un gruñido. El tono sonrosado que siempre le había coloreado el rostro se había tornado grisáceo y mortecino, aunque fueron sus ojos los que paralizaron de pavor a la niña. Habían perdido la razón, la conciencia y la humanidad. Las pupilas enormes y negras, dilatadas como las de un enfermo terminal, oscurecían la mirada animal enrojecida por los vasos sanguíneos rotos. Enseñó los dientes con un gruñido y de la boca le chorreó un hilo de sangre que le manchó el chaleco.

La pequeña dio un paso atrás, amedrantada por el hombre que siempre la había protegido y al que amaba con locura. Aquellos ojos sanguinolentos le dejaron claro que nunca volvería a ser su querido padre. Se abalanzó sobre ella bramando un alarido salvaje, y la niña de ojos violeta gritó.



Aldrim detestaba los viajes espaciales. No le gustaba la idea de estar rodeada por la inmensidad del universo y saber que fuera no había más que el vacío. La nave donde viajaba era una pequeña utilitaria de transporte privado, por lo que dentro, en la cabina, había muy poco espacio y tras una travesía tan larga empezaba a agobiarse. Sin duda prefería tierra firme y los espacios abiertos donde el suelo estaba siempre abajo y el cielo siempre arriba, así una sabía a qué atenerse.

El piloto, su único acompañante, giró el asiento para comunicarle que harían una breve parada para repostar y de paso estirar un poco las piernas. Al cabo de unos minutos las luces del área de servicio espacial iluminaron la luna frontal de la nave. Un cartel luminoso les invitó a hacer una escala y la compuerta circular se abrió, para darles paso al túnel de acondicionamiento.

Cuando desembarcó sintió que le hormigueaban las piernas. Llevaba once horas de vuelo desde que despegaron del puerto estelar de Kahn; y desde que se despidió de su hijo. Todavía no había llegado a su destino y ya echaba de menos a ese pequeñajo hiperactivo. Con las manos en la espalda intentaba hacer reaccionar los músculos adormilados, mientras echaba un vistazo a la zona de abastecimiento. Aquello era parecido al interior de un huevo metálico y en aquel momento había poca clientela, solo contó un par de naves comerciales que estaban repostando, ambas con el mismo logotipo sobre los laterales (un plátano sonriente con traje de astronauta). Decidió que iría a la cafetería a comer algo, mientras el piloto se encargaba del repostaje. Al entrar en el restaurante los dos hombres que había sentados a la barra se giraron para mirarla. Uno de ellos le sonrió tontamente y saludó con la cabeza.

Por un momento se sintió intimidada. Si bien Aldrim no era una exuberante belleza, podría presumir de ser una musa de mirada dulce

y melancólica. Aunque ella misma lo habría negado tras ajustarse las gafas con aire docto. Llevaba el pelo corto y de color caoba y los ojos, redondos y color miel, se escondían tras una gafas finas y negras a las que estaba tan acostumbrada que cuando no las llevaba se sentía extrañamente desnuda.

Saludó cortés a los comensales, con una sonrisa algo forzada, y se sentó en una de las mesas. Cogió la carta y seleccionó a través de la superficie táctil del menú un sándwich y un café. El servicio no se hizo esperar: un robot pequeñajo y con ruedas se deslizó hasta la mesa con lo que había pedido. Era increíble lo eficientes que llegaban a ser los robots. Sin embargo, el camarero humanoide de piel escamosa que había tras la barra se dedicaba a mirar embobado la pantalla flotante que pendía de la pared, mientras sacaba brillo a un vaso. En la pantalla, una cortinilla de música simplona dio paso al noticiario y una mujer rubia de bucles perfectos saludó a los espectadores. Enseguida comenzó la retahíla de noticias del día, y a pesar de que Aldrim tenía bastante hambre dejó de lado el sándwich un momento, para atender al reportaje:

El portavoz de exteriores de Arkadia ha informado esta mañana a la Alianza de la situación del planeta. Según el gobierno arkaniano, el virus de origen desconocido está controlado y el número de infectados es mínimo. Afirman que no se han producido más contagios en las últimas horas y que el virus ha sido erradicado. A pesar del informe tranquilizador del gobierno arkaniano, la Alianza aconseja a los viajeros y turistas que se abstengan de visitar en los próximos días el planeta por motivos de seguridad.

Una musiquilla igualmente horrenda que la del principio precedió al siguiente bloque de noticias:

Y en otro orden —continuó la presentadora—. La Emperatriz kaliana ha ofrecido una rueda de prensa oficial tras el ataque perpetrado por el ejército enemigo en las fronteras de Garamtur...

—¡Bah! ¡Arkanianos! —habló uno de los hombres que se apostaban en la barra.

La voz ronca captó la atención de Aldrim, que dejó el noticiario para centrarse en la conversación de los dos hombres.

—¿Quién querría visitar ese planeta? —continuó el de la barba.

—Dicen que sus ciudades son bonitas —opinó el otro.

—¿Bonitas? Allí lo único que hay son fábricas y humo, no sé cómo pueden respirar ese aire tan contaminado los arkanianos... En-

cima se creen el ombligo del universo. ¿De verdad piensas que eso del virus es como dicen? ¡Ja! el gobierno de Arkadia miente más que habla, te lo digo yo...

—Si realmente fuese un peligro, la Alianza haría algo. ¿No? —preguntó su compañero, desde la ignorancia del que no presta atención a los asuntos que no le conciernen.

—La Alianza ya hizo bastante por ellos. De no ser por eso los arkanianos tendrían un látigo fustigándoles para que trabajasen hasta la extenuación. Los peces gordos de Arkadia son todos unos corruptos, y por si fuera poco unos desagradecidos. La Alianza les libró de una revuelta civil y ahora se niegan a prestarles ayuda en la guerra contra los uyins. ¡Bah! Se tienen merecido lo que les pase, ese virus no es más que un castigo divino, créeme.

El otro rio al tiempo que apuraba el cigarro.

Desde la mesa, Aldrim esbozó una mueca parecida a una sonrisa en simpatía con la opinión de aquel hombre. Y al fin le hincó el diente al sándwich. Cuando terminó y acudió al embarcadero la nave todavía repostaba, de modo que esperó.

«Arkadia. Tal vez ese hombre tenga razón y el virus que azota el planeta sea un castigo de los Dioses», pensó.

El resto de imperios galácticos sabían que los ciudadanos arkanianos vivían sometidos por un régimen totalitario, asfixiante e injusto, y ni siquiera la Alianza de los Pueblos libres de Léoen, o A.P.L., tal y como la nombraban algunos, tenía la suficiente autoridad sobre Arkadia para ablandar a su gobierno. De hecho el propio gobierno arkaniano había preferido mantenerse al margen y rehusar la propuesta de la Alianza para ingresar como miembro, ya que de haberlo hecho habría supuesto un cambio en su hegemonía. La Alianza era, después de todo, la unión de las buenas intenciones de los pueblos libres del universo. Aldrim, por su parte, había elegido el exilio hacía mucho tiempo a favor de su propio trabajo, aun a sabiendas de que si hubiese permanecido en Arkadia su talento habría acabado en manos malintencionadas. La idea de tener que volver a su planeta natal le revolvió el estómago.

El timbre del comunicador que llevaba en el bolsillo la distrajo, descolgó y saludó sonriente a quien le llamaba.

—¡Mamá! —le habló su hijo al otro lado de la línea.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? —contestó con un brillo de orgullo en la mirada.

—Bien, ¿y tú? ¿Cuándo vas a volver a casa? —preguntó con impaciencia.

—Pero si he salido hace unas horas.

—Ya, es que te echo de menos, mami...

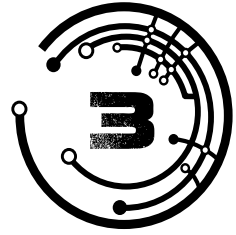
El piloto le hizo un gesto para avisarle de que despegarían en breve.

—Yo a ti también, tesoro, pero ahora tengo que dejarte. En cuanto pueda te volveré a llamar.

—Está bien, mami, adiós —se despidió.

—Te quiero, adiós, adiós... —canturreó para animarle.

Luego colgó y embarcó, para retomar el rumbo hacia Arkadia.



Al comienzo de los tiempos, cuando todavía los hombres eran puros de corazón, se fundó el imperio de Arkadia. Miles de años atrás fue símbolo de libertad. Un ideal para otras civilizaciones, que deseosas de felicidad intentaron establecer los mismos cimientos de prosperidad. Pero eso sucedió hace mucho tiempo, tanto que las nuevas generaciones de arkanianos jamás imaginarían que antaño todos habían sido iguales y libres. Pero las sólidas raíces dieron paso a gigantescas megalópolis infestadas de codicia. ¿Cuándo sucedió? Eso nadie lo recuerda, pero ahora los arkanianos eran solo números y con un poco de suerte un nombre en un documento oficial que podía ser solicitado en la delegación de Comunidad y Ciudadanía.

El sobrio e imponente edificio que albergaba las oficinas de Comunidad y Ciudadanía lucía orgulloso la bandera del imperio, que se repetía hasta aburrir y donde el pájaro de fuego ondeaba imperioso, como siempre, y coloreaba la insulsa fachada con los colores arkanianos: el verde y el marrón. Un poco más arriba las ventanas pequeñas y cuadradas se elevaban como una retícula y a su alrededor el resto de edificios colindantes se perdían en altura. Las cornisas no llegaban a apreciarse desde la calle, pues quedaban desvanecidas por la polución gaseosa que se asentaba sobre la ciudad. Dentro de la oficina olía a mobiliario viejo, a plástico de sillas de espera, a papel de formulario, a polvo acumulado y, por supuesto, a humanidad. Las plantas bajas normalmente bullían de arkanianos, y sobre todo de individuos de otros planetas que acudían para solicitar el permiso de estancia y así contribuir a la fértil economía arkaniana. A juzgar por el número de congregados se diría que la promesa de riquezas y prosperidad de Arkadia era más que conocida en otros imperios. Las hileras de sillas estaban atestadas y el resto de demandantes hacían

cola armados de paciencia. Quizás el único más desahogado, apostado en un generoso espacio circular, era el enorme y negruzco danlago que ocupaba cuatro asientos, arrumbado como una montaña de escombros. Los brazos se confundían con el relieve de la voluminosa barriga y justo arriba, en el triángulo que formaba la cabeza con el cuerpo, había un par de ojos minúsculos y enterrados entre pliegues de piel. Los demás habían dejado a su alrededor un espacio vacío deliberadamente, incluso dejando libres algunas sillas, puesto que todo el mundo conocía el carácter impredecible de los danlagos, famosos por sus excesos de ira. Después de un par de horas de interminable espera en una oficina arkaniana, no era recomendable sentarse cerca de semejante criatura. A pesar de eso había un hombre al que no parecía importarle este pequeño detalle y dormitaba una silla más allá del enorme danlago.

Cerca de allí, tras la cristalera blindada que separaba a los funcionarios, uno de los trabajadores alzó la vista por encima del hombro verdoso de un ser al que atendía. Si había algo más deprimente que sellar hoja tras hoja durante toda una vida, eso eran los rostros hastiados de los demandantes del otro lado del cristal. Jamás una sonrisa, jamás una palabra amable, parecía que todo el mundo dejaba la simpatía en el guardarropa de la puerta. El tipo verde hablaba casi sin respirar, en un ritmo monótono y acelerado, y lo cierto era que el empleado no le estaba escuchando. Tampoco lo necesitaba, allí todos querían lo mismo: un sello acreditativo. Cuando estampó la identificación, el demandante se marchó sin decir siquiera un adiós o un buenos días.

El trabajador arkaniano suspiró con aire cansado y resignado. Se pasó la mano por la cabeza de cabello castaño, de corte impoluto y recto, luego pulsó el botón para el siguiente turno. La voz mecánica sonó un par de veces hasta que el tipo que dormía junto al danlago se dio por aludido y se levantó, bostezando. Labam (así rezaba la tarjeta identificativa del funcionario) lo observó con atención y adivinó enseguida que aquel tipo era de raza kaliana.

Había kalianos morenos, pelirrojos, rubios como aquel hombre, de pieles claras u oscuras, bajitos y altos; de las razas humanoides que habitaban el universo era la más parecida en cuanto a diversidad a los arkanianos. Sin embargo, la mayoría de los kalianos se caracterizaban por tener los ojos celestes, tan claros como el cielo limpio

en primavera y cristalinos como el agua pura. Los ojos de éste eran comunes a su raza y además irradiaban fuerza y seguridad. El hombre tenía el pelo muy largo, la cola con la que se lo había recogido llegaba hasta su cintura, y vestía un llamativo abrigo fucsia con el cuello de la solapa de piel blanca. El kaliano apoyó el codo sobre la repisa que había bajo el cristal y le miró con impaciencia.

A Labam nunca le gustaron los kalianos porque le recordaban a los gatos, que a veces son mimosos y juguetones pero en cuanto se sienten acorralados o en peligro no dudan en enseñar los colmillos y las garras. Y las garras de un kaliano podían llegar a ser muy poderosas, según tenía entendido.

Sin mediar palabra el kaliano deslizó la tarjeta de residencia por la ranura del cristal y Labam la examinó con detenimiento. Su nombre completo era Keizamet Garel aun Kalet. Le resultaba curiosa la manera de los nombres en kaliano, para ellos el *am* que añadían al apellido venía a significar “hijo de”, así se sabía de qué planeta eran originarios. Por lo visto Keizamet había nacido en Kalet, planeta que ya no existía. En cualquier caso le pareció un tanto ridículo aplicado a su propio nombre: Labam Fulajs aun Arkadia. Pensó que si alguna vez viajaba a otro planeta preferiría mantener en secreto su lugar de procedencia. Sin duda no compartía el mismo sentimiento de orgullo por Arkadia que cualquier kaliano por su planeta natal.

—Su tarjeta de residencia caducó hace dos meses —informó al kaliano.

—¿Ah, sí? ¿No me diga? ¿Por qué cree que me he pasado dos horas y cincuenta y siete minutos sentado en esa silla tan incómoda? —replicó—. Solicité la renovación hace tres meses y aún sigo esperando.

—Le quedan siete días hábiles para actualizarla, si no tendrá que abandonar Arkadia —dijo con voz átona. Labam no supo interpretar el gesto del kaliano. Tal vez era enfado, o quizás no había entendido lo que acababa de decirle.

—Lo sé... —reaccionó por fin—. Por eso quiero que me la actualicen de una jodida vez.

Estaba claro, el gesto era definitivamente de enojo, y enseguida se imaginó un montón de gatitos hambrientos y malhumorados.

—Tranquilícese, señor. Solo tiene que solicitarlo —intentó apaciguarle.

—Ya lo hice —confirmó, con voz seca—. Hace tres meses. Actualíceme la fecha y asunto zanjado.

—Lo siento pero ese tipo de trámites no es competencia de este departamento. Debe dirigirse a validaciones, está en la séptima planta. —Contuvo la respiración un segundo.

—Ya estuve allí, y después de tener que guardar cola durante un par de horas me mandaron aquí.

—Lo siento, pero no puedo ayudarle. Puede poner una reclamación por escrito solicitando la actualización. —Labam rogó porque diera la conversación por zanjada.

Las cejas del kaliano se unieron formando una uve perfecta. Labam sabía que lo próximo que haría sería sacar las garras.

—¡Malditos arkanianos chupatintas!

Labam se había equivocado, no sacó a relucir las garras sino su lengua viperina. Durante un rato el kaliano no dejó de gritar a los cuatro vientos su aversión al gobierno y a la burocracia arkaniana, por supuesto dejando totalmente de lado la amabilidad o las buenas palabras. Labam nunca había escuchado tantos insultos por minuto. Al tiempo, el comunicador de su mesa le anunció que debía personarse inmediatamente en la última planta.

—Lo siento, he de marcharme —dijo a la nada, ya que el kaliano seguía despotricando a pulmón encendido.

Justo cuando se levantaba vio que los de seguridad entraban en la sala, y en cierto modo lo sintió por el kaliano.

El ascensor se tomó su tiempo para llevarle al último piso, pero lo que a Labam le sorprendía era que no tuviese que rellenar un impreso antes de poder utilizarlo, porque allí todo funcionaba a base de formularios y sellos oficiales. El trayecto le concedió tiempo para preguntarse por qué le habrían llamado. En la última planta era donde estaban los directivos y peces gordos que dirigían el edificio, y a todos y cada uno de los trabajadores. Que le hubiesen llamado solo podía significar una cosa, que por fin iban a ascenderle. Llevaba quince años trabajando en el mismo puesto, nunca había cogido vacaciones ni días libres y en más ocasiones de las que le hubiese gustado se había tenido que quedar trabajando después de acabar la jornada. Ya iba siendo hora de que reconocieran su esfuerzo y dedicación.

Al fin se abrió la puerta con el sonido de una campanita. Lo que le esperaba tras ellas tenía poco que ver con las instalaciones que

había dejado abajo. El suelo era de mármol oscuro, tan pulido que parecía un espejo, las paredes eran de madera y hasta le pareció que allí olía a complacencia y grandiosidad.

Después de que la secretaria le dejase pasar, y antes de entrar al despacho del jefe de sección, se arregló un poco la camisa y se secó las manos en el pantalón con disimulo. Las tenía mojadas por los nervios. Llamó a la puerta, que enseguida se abrió, y aclarándose la garganta pidió permiso para entrar.

Al fondo de la estancia, que era demasiado amplia y espaciosa para una sola persona, había un escritorio de madera oscura y tras él, a través del cristal de la ventana, la vista podría haber sido sobreco-gedora de no ser porque los edificios aledaños quedaban tan próximos que casi no dejaban espacio entre ellos, y era imposible ver más allá de los titanes de metal. La opulencia de la decoración le pareció excesiva y pensó que todo aquello era un derroche. Había repisas suspendidas a lo largo de las paredes laterales que estaban infestadas de todo tipo de objetos de coleccionismo, que difícilmente habría podido ver ni en un museo.

Labam ya había visto al jefe de su departamento en un par de ocasiones, siempre por casualidad, pero a pesar de conocerle de vista la expresión seca y distante consiguió reprimirle. De modo que esperó a que él hablase primero, de pie y a un par de pasos del escritorio. Era un hombre gordo, como casi todos los de su clase, estaba calvo y a los lados de su boca los mofletes se descolgaban por el peso de los kilos como si fuese un bulldog. Apoyó las manos sobre el escritorio en un gesto de autoridad. No le invitó a sentarse.

—Su nombre completo es Labam Fulajs, ¿cierto? —Por fin se dignó a hablarle.

—Sí, señor.

—Antes de nada quisiera comunicarle la satisfacción de la empresa por sus años de trabajo. Ha sido un buen trabajador, siempre puntual —dijo, a modo de discurso preconcebido.

—Gracias, señor.

El corazón de Labam saltó con impaciencia.

—Sin embargo los tiempos cambian y las necesidades del imperio varían con los nuevos avances. De igual modo nuestra política de empresa, ya que hemos de ajustarnos a lo que dictamine el gobierno central —continuó.

La intriga le hizo una bola en el estómago cuando intentó adivinar el nuevo puesto al que iba a ser destinado, cualquier posición sería mejor que la ventanilla. Contuvo el aliento.

—Está usted despedido.

—¿Cómo? —Pensó que debía ser una broma.

—Que está usted despedido, ya no necesitamos sus servicios, señor Labam —le confirmó, por si no le había quedado suficientemente claro.

El gordo deslizó una carta por el escritorio. Él la cogió con el pulso firme a pesar de que sentía que de un momento a otro iba a desplomarse. Leyó la carta en silencio, en ella le comunicaban oficialmente el despido y además le declaraba *ciudadano no apto* a partir de la fecha señalada en el documento.

—Pe... pero señor. Llevó más de quince años trabajando aquí, sin faltar un solo día —le recordó, por si acaso servía de algo.

—Lo sabemos, pero su perfil ya no encaja en la nueva política —afirmó, severo y con firmeza.

—Por favor, señor, no pueden hacerme esto —la súplica era la única opción que le quedaba—. Puedo mejorar, renovarme para lo que buscan ustedes... Pero no me despidan. Tengo un hijo...

—Puede retirarse —ordenó secamente.

—¿Pero qué voy a hacer ahora? —se lamentó.

—Retírese, recoja sus cosas y márchese.

A Labam se le hizo añicos el corazón. Contuvo las lágrimas durante un momento, mientras el jefe lo ignoraba como si no existiera.

«Y no existo», pensó cuando salía del despacho. Un hombre sin trabajo en Arkadia no era absolutamente nada. De repente le aterró la idea de acabar desheredado. Sabía que existían los arkanianos desheredados. No en Servan por supuesto, en las calles de la capital jamás había indigentes o mendigos. Los desheredados malvivían en las afueras, en las ruinas de la Ciudad Vieja y los vertederos, desterrados de la civilización. Si Labam no quería acabar expulsado de la ciudad tenía que encontrar un trabajo cuanto antes. El portal le escupió a la calle con el ánimo destrozado y también aterrorizado. Sabía de sobra que con sus treinta y ocho años (a pesar de ser todavía joven), y además declarado “ciudadano no apto”, lo tendría complicado para encontrar un trabajo nuevo.

Desde el pie de la escalinata miró hacia arriba. Ahora el edificio le parecía hostil y horrendo, incluso le hubiese encantado escupir en

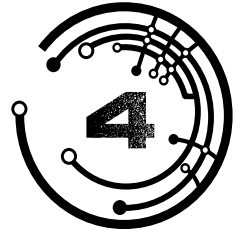
la bandera arkaniana y desplumar a aquel maldito pájaro en llamas. La injusticia siempre se cebaba con los más desafortunados y era consciente de que poco más podía hacer, aparte de intentar salir del atolladero.

Cuando llegó a la altura de la callejuela contigua vio una pelea en el callejón. Normalmente, en casos de altercados o revueltas callejeras los arkanianos estaban obligados por la ley a no entrometerse, pero en esta ocasión Labam no pudo evitar figonear desde el anonimato de la concurrida avenida. Al fondo de la estrecha calleja había un grupo de guardias de seguridad (tres de ellos inconscientes en el suelo) que rodeaban al kaliano que había atendido hacía un rato. El kaliano se mantenía en guardia frente a los cuatro hombres que quedaban en pie, que se abalanzaron sobre él para intentar noquearle. Para sorpresa de los guardias, y de Labam, el hombre se deslizó como una serpiente resbaladiza y esquivó los golpes con una facilidad asombrosa.

A pesar de que había escuchado algunas historias sobre las peculiares habilidades de esa raza, Labam no pudo más que asombrarse. Verlo de primera mano era mucho más espectacular que cuando otros lo contaban.

Con envidiable maestría, el kaliano de abrigo rosa fucsia mantenía a la guardia a raya. Aunque no tardaron en atacarle de nuevo, aun así no consiguieron reducirle hasta que le alcanzaron con una bala paralizante. El impacto le dio de lleno en el pecho, que chisporroteó al tiempo que el kaliano caía al suelo convulsionando y aturdido. Los guardias aprovecharon que estaba indefenso para darle una paliza.

Labam apartó la mirada y siguió su camino. Realmente deseó que el kaliano tuviese al menos la oportunidad de sobrevivir.



A Aldrim la embargó un extraño sentimiento pesimista cuando la nave atravesó la atmósfera de Arkadia. A vista de pájaro no se apreciaba demasiado, porque la polución se asentaba sobre la ciudad como su propietaria legítima. Al descender, atravesaron las nubes grises y Servan se redibujó entre la niebla.

La ciudad había cambiado desde la última vez que la vio. El número de rascacielos se había multiplicado, pero sin embargo le pareció la misma ciudad horrible y agobiante de siempre. A las afueras de Servan estaban las ruinas de la Ciudad Vieja, que supuso seguiría siendo vertedero de despojos sociales. Tal vez por su condición arkaniana, desvió la vista de aquella zona degradada y sucia. De todos modos sabía que en Arkadia había injusticias que no convenía manifestar. La suerte de los temerarios que se atrevían a denunciar la marginación no era especialmente halagüeña. El ejército arkaniano, y las fuerzas de seguridad del imperio (conocidos como las Fuerzas de Arkadia, o F.A.), se tomaban demasiado en serio su labor de mantener el orden y en la mayoría de los casos solían excederse en la aplicación de la ley.

Por desgracia, Aldrim había sentido el peso de esa autoridad durante demasiados años. Su difunto padre fue un respetado capitán arkaniano que siempre llevó al extremo su adhesión al régimen. Y no solamente aplicaba su estricto sentido de la disciplina en las calles sino también en su hogar. En demasiadas ocasiones Aldrim soportó las reprimendas del capitán en forma de cinturón, como también las había sufrido su madre desde el día que se casó con él. Aldrim no había llegado a conocer a su madre, que murió al poco de su nacimiento. Probablemente fue una mujer sumisa y complaciente, de otra forma habría tenido valor para abandonar a su grotesco esposo antes de que él le hubiese robado la dignidad.

Como única hija de un militar, el futuro profesional de la joven Aldrim se resumía a lo miliciano. Cuando su padre se enteró de que el camino elegido por su primogénita había sido la ciencia, clamó al cielo injuriando al todopoderoso dios arkaniano. Pero ella no le concedió ninguna oportunidad a la correa para que le hiciese cambiar de opinión. Eligió el exilio, y desde entonces dedicó su vida a la ciencia y nunca volvió a ver a su padre. Las últimas noticias que tuvo sobre el capitán fueron que había muerto, y por supuesto ella no acudió al funeral.

Al terminar los estudios y doctorarse inició una carrera que la encumbró como una de las mejores microbiólogas de la galaxia. A pesar de su juventud, su trabajo la abalaba como una de las mejores en su campo y eran muchos colegas de profesión los que elogiaban sus descubrimientos y avances. Pero no solo las teorías de la doctora la respaldaban, también había que tener en cuenta los logros que había sumado con el tiempo: frenó el deterioro progresivo que devastaba al pueblo de los graemengs y también descubrió la exótica especie de parásito que asolaba a la población del planeta Jarys. Ahora se enfrentaba a otro reto; la extraña infección que se empezaba a extender en Arkadia. Era evidente que la doctora detestaba Arkadia y su sometimiento al régimen, pero adoraba su trabajo, así que no pudo negarse ante la petición arkaniana. Tampoco habían entrado en detalles cuando pidieron su ayuda, solo sabía que un virus desconocido estaba provocando que la población cayese en coma. Servan fue la ciudad donde aparecieron los primeros casos, por eso su investigación se centraría allí. Fue una desafortunada coincidencia que se tratase de la ciudad donde había crecido.

Ya era de noche cuando la nave aterrizó en una de las pistas del puerto estelar de Servan. Junto a la pista había una pequeña comitiva que la esperaba.

«Militares, qué ironía», pensó con disgusto cuando vio al grupo.

La esperaban cuatro uniformados, con esa pose de supuesto descanso en la que tenían agarrotado hasta el último músculo del cuerpo. Los uniformes combinaban los colores imperiales, aunque el marrón predominaba sobre el verde que aparecía en las mangas en forma de listas, desde el hombro hasta el puño. La chaqueta era cruzada, con seis botones oscuros que se cerraban al lado izquierdo, y sobre el pecho, en el lado derecho, lucían el pájaro de fuego que

había sido el emblema del imperio desde tiempos inmemoriales. Sobre la chaqueta llevaban un cinturón ancho para la funda de la pistola. El quinto militar, teniente —según adivinó por sus galones—, se adelantó.

—¿La doctora Aldrim?

Ella miró hacia atrás, por si acaso hubiese desembarcado alguna otra pasajera que no vio durante el trayecto.

—Sí, soy yo.

—Le escoltaremos hasta la base —dictaminó secamente.

—Gracias.

Durante el trayecto el teniente se mantuvo en completo silencio, mientras viajaban en el dashlar. El vehículo era una pequeña aeronave de tierra de uso común, que se deslizaba sobre la pista de circulación gracias al sistema de campos de fuerza en su parte baja. Aldrim agradeció el mutismo, pues no tenía ganas de entablar ningún tipo de conversación anodina con aquel desconocido. Se limitó a observar las calles de Servan. La gente, los edificios y la cotidianeidad eran tal y como recordaba; grises y sombríos. Los transeúntes caminaban con prisa, sin levantar la vista y sin tener en cuenta a los demás. Lo que no recordaba era que la presencia del estado los atiborrase descaradamente, hasta ser insoportable. Se preguntó cuánto presupuesto destinarían en banderas. El marrón y verde arkaniano salpicaba cada esquina, cada cornisa, cada farola, era difícil olvidar dónde te encontrabas. Con todo, los constantes llamamientos a alistarse sí que eran una novedad. Dejaron atrás alguna que otra holovalla que ofrecía un generoso puesto en las filas de la milicia del imperio. Un empleo prometedor en el caso de no tener escrúpulos. Al parecer en los últimos años el ejército había conseguido un engrandecimiento frente al gobierno central. Tal vez el hecho de encontrar algún que otro soldado en plena calle, armados con fusiles, podría brindar cierta seguridad a cualquier arkaniano. Pero a Aldrim esa realidad le ponía los bellos de punta. No entendía qué necesidad había para exhibirse de esa forma. De todos modos Servan podía presumir de ser una ciudad muy tranquila.

El paseo fue aburrido, aunque no por ello le agradó llegar a su destino.

Las alambradas que rodeaban la base militar, a varios kilómetros de la ciudad, se impusieron frente a la luna del dashlar. Tras ellas

había un muro de hormigón que aseguraba la manzana. La instalación era enorme y podría haber pasado por un barrio residencial. A no ser porque abundaban los barracones y los carros blindados, o porque había demasiados uniformados para su gusto.

Intentó hacerse a la idea de residir allí durante el tiempo que durase la investigación. De todos modos sabía que el trabajo acabaría absorbiéndola y pronto olvidaría todo lo que la rodeaba.

El camino, hasta dónde fuera que la conducía el teniente, fue tan aburrido como el trayecto en dashlar. Estaba claro que la buena conversación no era uno de los fuertes de aquel uniformado. Al menos, pensó Aldrim, podría haber tenido el detalle de informarle a dónde la llevaba. Tampoco hizo falta puesto que lo adivinó en cuanto llegaron al despacho del secretario, o tal y como predicaba el cartel dorado de la puerta: “Sr. Jarel Smousins. Secretario Gubernamental”.

El teniente se marchó sin molestarse en despedirse. Después fue recibida por una señora menuda y entrada en años. La saludó con una sonrisa dibujada con unos finísimos labios, tal vez provocada por la tirantez del moño. Era la secretaria del secretario.

—Usted debe ser la doctora Aldrim, ¿cierto? —preguntó la mujer.

—Sí, soy yo. —Era la segunda vez en el día que confirmaba quién era, deberían entregarle lo antes posible alguna tarjeta identificativa.

—El señor Smousins la espera. Pase, por favor.

Asintió y atravesó la puerta de cristal opaco que daba a un pasillo, al fondo estaba la entrada del despacho. Tocó, y la puerta se deslizó.

—Adelante, doctora.

—Gracias.

Se adelantó hasta el escritorio. El hombre, o mejor dicho, el joven que se sentaba al otro lado, se levantó para tenderle la mano.

—Bienvenida a Servan, doctora Aldrim —dijo, al tiempo que estrechaba su mano con firmeza—. Debe ser emocionante volver a su hogar después de tanto tiempo.

«No imagina cuánto» pensó, pero en su lugar respondió:

—Sí, muy... emotivo.

—Siéntese, por favor. Espero que el viaje haya sido cómodo...

Él era presumiblemente joven. Habría sido una descortesía preguntarle la edad en aquel momento pero Aldrim sopesó que rondaría

los treinta y cinco, por lo que se deducía que Jarel no ocupaba el cargo de secretario solo por méritos propios. Era bien parecido, de gesto astuto, con unos ojos verdosos, constantes y profundos. Y por cómo llevaba peinado el cabello rubio se diría que gustaba de las últimas tendencias. El flequillo le caía sobre los ojos con mechones estratégicamente dispuestos, como si acabase de salir de un catálogo de peluquería. Su traje, aunque austero y formal, también lo acusaba como una víctima de las tendencias estilísticas.

—Supongo que ya habrá podido adivinar quién soy. Lo pone en el cartel de la puerta.

Aldrim dejó escapar un resuello junto con una sonrisa obligada. La broma no tenía ninguna gracia y Jarel carraspeó incómodo. Después continuó hablando.

—Mi labor será proporcionarle todo lo que necesite para desarrollar su investigación. Y también supervisaré su trabajo. Deberá mantenerme al tanto de todos los progresos con informes diarios.

«Así que serás quien me vigile y controle», pensó ella. Asintió, conforme con las normas. Estaba segura de que no serían las únicas.

—Señor Smousins...

—Puede llamarme Jarel, doctora —permitió, en un desplante de familiaridad.

—La llamada gubernamental que recibí no me aportó demasiada información...

—Todo este asunto, como debe entender, se está tratando con el mayor rigor posible. Cualquier rumor inadecuado podría perjudicar seriamente a Arkadia. La Alianza ha recomendado prudencia al resto de imperios y no queremos que esto trascienda a una situación más grave. Por eso todo lo que suceda, todo lo que averigüe durante el tiempo que esté aquí, debe quedar bajo el más estricto secreto. No podrá salir de la base a menos que tenga que desplazarse porque la investigación lo requiera. Aunque tendrá libertad para comunicarse con su familia si así lo desea, pero...

«Otra norma», se adelantó Aldrim antes de que continuase.

—Sus conversaciones serán vigiladas y grabadas en todo momento. Espero que lo entienda, doctora.

—Por supuesto... secretario.

Jarel mantuvo la mirada sobre Aldrim durante un momento y en un gesto imperceptible estrechó los ojos verdes.

—Bien... La situación, doctora —aquello lo dijo con retintín—,

ha... digamos... empeorado desde que contactaron con usted. Entre el día de ayer y hoy el número de contagios se ha triplicado. Las unidades especiales no dan a basto para alojar a los enfermos. Por eso estamos acondicionando varias áreas de la base junto a nuestro hospital, para albergar a los posibles afectados en las próximas horas.

—Pero... eso no es lo que declararon desde el gobierno. Tenía entendido que habían conseguido controlar la epidemia.

—Ya le he dicho que la situación ha cambiado en las últimas horas.

Aquella noticia consiguió inquietar a Aldrim, no se esperaba que fuese tan grave.

—Es muy tarde y seguramente estará cansada de un viaje tan largo. Descanse esta noche, mañana le espera una dura jornada. A primera hora conocerá a los miembros de su equipo, son los mejores epidemiólogos del imperio.

Jarel se levantó.

—Le acompaño...

La doctora permitió que le acompañase a la salida pero caminó por el pasillo en completo silencio. En aquel momento se estaban fraguando en su mente las posibles piezas que daban forma al rompecabezas de aquella inusual epidemia. Cuando aceptó el trabajo sabía que aquello iba a ser complicado, pero jamás imaginó que sería un desafío.

—General Lot.

La voz de Jarel le hizo posar los pies de nuevo en Arkadia. Levantó la vista y se fijó en el uniformado que saludaba al secretario en aquel instante. El uniforme lo llevaba impecable y los galones que le adornaban la pechera relucían como si les acabasen de sacar brillo. El rostro, hosco y serio, inquietó a la doctora. Ya había visto esa expresión antes, era un gesto que todavía intentaba olvidar. Aquel hombre tenía la misma mirada distante que su difunto padre.

—General, le presento a la doctora Aldrim Bencerut.

—Bencerut... ¿Hija del general Bencerut?

—La misma —afirmó el secretario.

El uniformado inclinó la cabeza para saludarla, al tiempo el pelo oscuro y engominado le brilló y unas cuantas arrugas de madurez marcaron su frente.

—Su padre fue un gran militar, debe estar muy orgullosa de ser su hija. No le vi en su funeral...

—Mi trabajo es demasiado absorbente —dispuso ella como excusa.

—La doctora ya se retiraba —Jarel no dio pie a que continuasen con la conversación—. Le acompañarán hasta su habitación.

Justo en la salida había un soldado esperándola, su nuevo guía.

—Sí, gracias. General Lot —se despidió del uniformado, que al mismo tiempo volvió a inclinar la cabeza con envidiable rectitud.

Después de que el secretario la despidiese, se encaminó con el soldado hacia su futuro alojamiento. Quien le acompañaba era un chico muy joven, de cabello castaño oscuro y descuidado, que necesitaba con urgencia un corte de pelo. Su nariz era curvada pero encajaba en armonía con el resto de su rostro simétrico y de formas angulosas. La miró de reojo con cierto disimulo, aunque en todo momento intentaba parecer marcial.

—Dicen que usted es la mejor —dijo el chico en cuanto estuvieron solos.

—Solo intento hacer mi trabajo lo mejor posible —respondió Aldrim.

Su nuevo acompañante parecía más dicharachero que aquel teniente que la recibió en el puerto. Probablemente fuese porque era todavía novato y aún guardaba las costumbres de la gente de a pie.

—No han parado de llegar enfermos a la base. —En su tono se podía distinguir cierta preocupación—. Yo pienso que deberíamos usar esas máscaras, ya sabe... —se llevó la mano a la cara en un gesto muy explicativo.

—Todavía no sabemos cómo se contagia, podría ser que el virus se contagie a través del agua y no por el aire.

—¿Usted cree? —le miró con los ojos pardos abiertos de par en par.

—Cualquier conjetura es válida hasta que averigüemos cómo actúa. Pero no se alarme, la epidemia está controlada. —Pensó que aquella pequeña mentira le tranquilizaría y ayudaría a dormir mejor, aunque dudaba que a partir de aquel momento el soldado se aventurase a beber agua del grifo.

—Esa es una buena noticia. —Suspiró, más tranquilo—. Ah, por cierto, mi nombre es Traivis.

—Un placer, Traivis —Aldrim no pudo evitar sonreír. Aquel

chico era demasiado afable y pensó que era una pena que fuese a echarse a perder entre uniformados.

—Si necesita cualquier cosa durante el tiempo que esté aquí podrá encontrarme en el barracón quince, del sector veinte.

—Gracias. Lo tendré en cuenta...

—Por aquí la gente no es muy amable —dijo pesaroso.

—¿Desde cuándo está en la milicia, Traivis? —se interesó Aldrim.

—Hace unos seis meses, señora.

A Aldrim no le gustaba que la llamasen señora, le hacía sentir mayor. Pero lo dejó pasar. Hacía un par de días que no mantenía una conversación con nadie y en cierto modo le complacía la charla con aquel joven soldado.

—¿Y por qué se alistó? —Estaba claro que el carácter de Traivis no casaba con las costumbres del ejército arkaniano.

—Tengo que comer —se encogió de hombros—. Un chico sin estudios como yo no tiene muchas opciones en Arkadia. Era esto o la Ciudad Vieja. No me gustaría quedar desheredado.

Aquello tenía su lógica. Aldrim olvidaba en qué planeta estaban.

—Comprendo...

—Hemos llegado ya —avisó el chico.

Ante la entrada había un mostrador. El soldado que se apostaba al otro lado se levantó y los miró con la desconfianza propia de un portero.

—Pases —solicitó, saltándose la parte del saludo.

—Oh, sí, aquí tengo la tarjeta... —Traivis se cacheó a sí mismo, y por un momento Aldrim llegó a pensar que había perdido la tarjeta de identificación. Por suerte la tenía en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta del uniforme.

El otro la cogió y la pasó por el lector del ordenador.

—Habitación diecinueve. Su equipaje ya está allí. Solo puede pasar la doctora —avisó.

Su camarada asintió y se volvió hacia Aldrim para despedirse.

—Ha sido un placer hablar con usted. Si necesita algo... Lo que sea, ya sabe, tal vez charlar un rato en su tiempo libre, o quizás quiera pasear...

—No creo que vaya a disponer de mucho tiempo libre de aquí en adelante, Traivis, pero si algún día necesito despejarme le buscaré.

—¿En serio?

El portero carraspeó.

—Bueno, adiós doctora.

Aldrim torció una sonrisa y cruzó la puerta después de que el guardia la abriese. Mientras recorría el pasillo se compadeció del pobre Traivis. Seguramente no tendría demasiados amigos en la base. Él no era del tipo de hombres que se alistaban por vocación, era una pena que hubiese acabado en un lugar así.

No había alcanzado todavía su habitación cuando la cuestión del soldado fue desbancada por el motivo que le había hecho volver a Arkadia. El virus, la epidemia. ¿Cómo era posible que en tan poco tiempo se hubiese extendido de aquella manera? Tenía claro que se enfrentaba a un agente demasiado virulento. ¿Hasta dónde podría llegar si no conseguían detener su avance?

Entró en la habitación diecinueve. No es que fuese una habitación de hotel pero al menos era suficientemente espaciosa, y además contaba con un escritorio donde poder trabajar.

Aunque estaba cansada por el viaje abrió la maleta, que estaba sobre la cama, en busca de su ordenador personal. Quería escribir las primeras notas e impresiones antes de que se desvaneciesen por culpa del sueño. Pero el ordenador no estaba.

Examinó la tarjeta que el uniformado de la entrada le había entregado, en ella había un número por si tenía que solicitar cualquier cosa. Así que descolgó el comunicador, que había junto a la puerta, y marcó.

—Sí, hola, soy la doctora Aldrim. He revisado mi equipaje y falta mi ordenador personal —dijo.

La voz le informó de que su ordenador había sido confiscado por motivos de seguridad y que se le proporcionaría uno nuevo por la mañana.

«Me han registrado el equipaje» pensó, inquieta. Empezaban a no tener gracia las normas, que en ningún momento había aceptado.

—Está bien... —se resignó y colgó—. ¡Maldita sea!

No tardó en echarse sobre la cama y al tiempo se quedó profundamente dormida, pese al disgusto.



Mientras la doctora Aldrim se reconciliaba con el sueño, en el despacho del secretario parecían no tener prisa por irse a descansar. De

hecho, por el tono de la conversación que se sucedía tras la puerta, se diría que no dormirían bien aquella noche.

—¡Estoy harto de esperar! —El puño del general Lot se estampó en la madera del escritorio, haciendo vibrar la lamparita que estaba encendida.

—Solo le pido una semana más, general —le contuvo Jarel.

—Teníamos un trato, ¿lo recuerda? Hace cinco días que debería haber cumplido con su parte —le recordó el general, con el ceño tan fruncido que habría sido difícil torcerlo más.

Instintivamente, la vista del secretario bajó hasta el arma que llevaba el general en el cinturón. Estaba convencido de que Lot ansiaba utilizarla en ese mismo instante. Le conocía de sobra como para saber que no tendría escrúpulos a la hora de apretar el gatillo, pero resultaba que los planes de Lot dependían demasiado del secretario. Por pura avaricia Jarel se veía envuelto en la conspiración del general después de embolsarse unos cientos de millones tras el negocio que le propuso Lot. Fue tarde cuando se dio cuenta de que todo había sido una estratagema del general para poder extorsionarle.

El Kruntur-G era un arma demasiado golosa como para que hubiese pasado desapercibida y por casualidad, o así lo creyó Jarel. Apareció un misterioso comprador particular dispuesto a desembolsar una cantidad astronómica por el misil. El problema consistía en que el misil era propiedad del gobierno del estado, pero Jarel tenía la suficiente autoridad como para ocuparse de la manipulación de los informes necesarios para la venta. El general Lot solo tenía que hacer la vista gorda con el desfaldo y también sacaría tajada de la transacción. Lo que no imaginaba Jarel era que aquel trato tendría sus consecuencias.

El general Lot era un hombre ambicioso, y mucho más codicioso, que había conseguido un gran poder gracias a su cargo. Pero no tenía suficiente, quería mucho más, lo quería todo, y su intención era derrocar al gobierno y autoproclamarse dirigente. Para conseguirlo contaba con el apoyo incondicional del ejército, al cual dirigía desde hacía años. Pero además necesitaba conseguir adeptos dentro del actual régimen gubernamental para hacer posible su consolidación. Aquel era el papel del secretario.

—La epidemia nos ha cogido por sorpresa —le decía Jarel—. Creo que lo mejor es que esperemos a que la situación se estabilice.

Si consigo convencer a Braquer para que apoye su empresa podremos dar el golpe. Pero ahora no es el momento más idóneo. El gobierno central mantiene en alerta a medio planeta. —Aunque su tono era apremiante en ningún momento elevó la voz, y a pesar de que la displicencia del general Lot le ponía nervioso, Jarel se mostró convincente.

—Le concederé tiempo, secretario, pero no se demore o saldrán a la luz ciertos documentos, implicándole en la venta del Kruntur-G. Aunque eso ya lo tiene en cuenta, ¿cierto?

El general se levantó del asiento y apoyó las manos sobre la mesa para encararle. Al tiempo Jarel contuvo el aliento y unas gotas de sudor asomaron a su frente.

—Ciertamente, la epidemia me preocupa —se atrevió a compartir el secretario—. Podría ser que la doctora Aldrim no consiga frenarla o encontrar una cura. Si eso sucediese, sería terrible.

—Si eso fuese así nos ahorraría mucho trabajo, ¿no cree? El gobierno caería por su propio peso y solo tendríamos que barrer las cenizas del régimen. Vigile de cerca los avances de la doctora, y no deje de informarme.

Diciendo esto se marchó, dejando a Jarel abatido sobre el sillón y pensando que tal vez no era tan buena idea derrocar una tiranía para implantar el terror de un demonio uniformado.